

# Para seguir leyendo al Pato Donald

Laura A. Dávila García

Corría el año de 1971, una época de grandes cambios sociopolíticos en gran parte de América Latina, particularmente en Sudamérica. Una época en que la Guerra Fría y sus influencias hacían sus estragos en las sociedades. Todas ellas marcadas por una alza a la voz de temas intocables y muchas veces la represión.

En Chile la influencia era por parte de la potencia Soviética, que había forjado la toma del poder por parte de los socialistas, obviamente en un marco de polaridad y lucha de sociedades. La gran burguesía chilena se oponía a los cambios sugeridos por la Unidad Popular. Cambios que incluían arrancar los medios de influencia capitalista a las grandes masas. Las historietas de Disney se convirtieron en un blanco a tirar para los educadores. Armand Mattelart y Ariel Dorfman, expertos en ciencias humanas, políticas y sociales vieron en Disney muchos trasfondos ocultos en esos «inocentes animalitos e historietas», llevándolos a un análisis exhaustivo de sus contenidos de los que saldría el siguiente libro: *Para Leer al Pato Donald*. Serie de ensayos que previamente consultados y bien investigados, establece varios fundamentos que des-

enmascaran las cortinas que cubren al mundo de Disney, un «mundo» que es un espejo de una ideología, una clase y una forma de vida, según los autores. Un libro que, quizá por fatalidad del destino dejó de leerse en Chile al arribar la dictadura militar (respaldada por EEUU, casa y base de Disney) sólo dos años después y echando por la borda los esfuerzos de construcción del país de los socialistas.

Pero dejando a un lado el contexto en el que el libro fue concebido, de lo que se trata es de leerlo (textual y meta-textualmente) para darle una interpretación de cómo es este caso en particular en los medios de comunicación, en la ideología, y como, aún después de tantos años, se le puede (y debe) seguir dando una lectura que nos ayude a entender mejor el medio en que nos movemos.

¿Por qué tocar este libro en particular, acerca de este mundo ya creado, que ha formado parte involuntaria (involuntariedad nuestra) de nuestras vidas y justo en esta época, donde el capitalismo y la globalización parecen haber triunfado?

Una cosa está clara: los medios de comunicación en América Latina no se entienden de la misma manera que en

**Laura A. Dávila García**

Torreón, Coahuila, 1987. Cursa el tercer semestre de la Licenciatura en Comunicación en la UIA Laguna. Integrante del taller literario de dicha institución.

fresabusi@hotmail.com

otras partes, y se tiene particularmente de nuestro desgraciado (desgracia nuestra) vecino, Estados Unidos, una influencia apabullante. Ciertamente se debe admitir que haya un incipiente estudio local del medio, pero lo poco hecho ha llevado a importantes avances en nuestra comprensión de la realidad. Particularmente uno de los temas de mayor interés es el del imperialismo cultural. *Para Leer al Pato Donald* es un extenso estudio de ello.

Para empezar, debe decirse que por décadas la industria Disneylandia ha tenido una gran presencia en todo el mundo. En ocasiones los niños de los países (particularmente subdesarrollados) a donde llega conocen más a Mickey Mouse y compañía que al personaje nacional en turno.

Por lo que se entiende imperialismo cultural, por otro lado, es la tendencia de un país a imponer por todos los medios la cultura propia para satisfacer intereses particulares y los EEUU son el perfecto ejemplo de ello. Ésta siempre ha estado presente en nuestra región debido a la falta de recursos y la vecindad con éste. No sólo nosotros, sino (desgraciadamente) el mundo entero está sujeto a su influencia mediática. Otra cosa aparte es el dominio potencial, económico, pero ese tema a nosotros no nos interesa. Y así, esta supuesta cultura toma a otras culturas y las deco-difica, digiere y visualiza a su conveniencia. Los países subdesarrollados, como veremos, caen en la banal visualización, en la falsa denominación. Acabamos viéndonos en un seudo espejo que la potencia nos pone para que sigamos obedeciendo a sus intereses y nos valoremos como pueblo.

Según Mattelart y Dorfman, Disney no sólo no escapa a esta acusación, sino que es el estandarte principal de estas teorías. El libro fue criticado por los conservadores a juicio de que la

literatura infantil (si se le puede llamar así a estos productos) es algo intocable y no se deben meter con la imaginación de los niños (¿Disney deja siquiera imaginar?).

Estos son los puntos: mientras defiende la unificación de culturas, la enseñanza de valores, la democracia, la defensa de la inocencia del niño, es más bien un batidero de ideas meramente capitalistas, de una realidad torcida que pretende ser feliz e invitar a la imaginación a todos los niños cuando no hace más que bombardearlos subliminalmente con sus ideas, su percepción de la realidad, su aversión al mundo real. Empezando por presentar un mundo asexuado que pretende ser muy moral pero rayando en lo torcido, eliminando las figuras paternas (en especial el lugar que ocupa una madre, debido a, como dice, posturas machistas evidentes dentro de las historietas: la mujer como objeto sexual e inferior). El primer círculo de producción (el biológico) queda mutilado: no existe relación fuerte entre los personajes, al girar su vida alrededor del capital sin que haya acciones desinteresadas y de verdadero afecto por algún otro. Además de encontrarnos con que los llamados niños en esas historietas no son más que la visión aún más torcida de cómo el adulto se refleja en el niño, donde no deja de aparecerse como una sombra que redime los errores de los adultos.

Más específicamente, defiende el saqueo del sistema y los países poderosos a través de sus personajes buscadores de oro, carentes de verdadera moral, haciendo de la vida total un tiempo y espacio de «estatuas muertas», de cosas producto de la casualidad y no de un nacimiento, todo en aras de utilizarse para los fines de enriquecimiento, como es la tecnología, la familia, el conocimiento y el trabajo. y que pretenden sustituir a las figuras trabajadoras. Defien-



den estas posturas, banalizando todo lo que a él se opondría, como las luchas sociales, los artistas las protestas, la guerra. Y se redimen otros aspectos humanos como la avaricia, que eventualmente desembocan en soledad (Rico Mc Pato). La eliminación del proletariado queda finalizada al banalizar también el trabajo, pasando de producto de satisfacción de necesidades a mera manera de conseguir dinero.

Y es ahí donde entramos a las falsas interpretaciones, o estereotipos. Según los autores, el verdadero «niño» (ser carente de madurez intelectual y emocional) es el «buen salvaje», o sea, el ser habitante de estas áreas, a donde el «progreso» nunca llega, a donde se aspira retornar al estado natural, y donde las riquezas abundan sin ser trabajadas y despojadas de toda historia y esfuerzo. Ésa es la interpretación de muchos de nuestros países de América Latina. Al estar en un proceso donde se le imposibilita la entrada a lo que Disney entiende por civilización, los países que dan como imágenes de un proletariado mutilado, proveedor de folklore (riqueza contra el tedio de la metrópoli Pato-landia) y riquezas no manufacturadas, dadas al natural sin un solo esfuerzo y

sin que los personajes se preocupen por el esfuerzo que implica llegar a ellas. Y es en el folklore donde aflora el cliché. Los países subdesarrollados y sus habitantes son esos buenos salvajes que dan a manos llenas sus riquezas, a cambio de recibir migajas, chucherías, y ser partícipes de su propia explotación por parte de los extranjeros. Invasores (sin que ellos mismos se acuñen el término) que deben verse como salvadores y justicieros (eso sí, los poseedores de las brillantes ideas, que las otorgan en automático los derechos de posesión y pobre del que se quiera llevar una parte) que llevan adelantos a estos lugares, saqueando, pero dando poco a cambio para ocultar su criminal acto.

A grandes rasgos eso es lo que ofrece el falso espejo Disney acerca de nosotros (no es mera casualidad que la atracción de Disneylandia «Un Mundo Feliz» sea mareante y traumante).

Lo que nos interesa es cómo ese imperialismo cultural pegó y sigue pegando en nuestras sociedades, qué imagen fomenta de nosotros y de ellos mismos. Quizá hace falta aclarar un par de puntos para darnos cuenta de la vigencia de este libro a 35 años de su publicación. Primero que nada, los auto-

res eran pura y definitivamente socialistas por excelencia. Como ya explicábamos en el contexto histórico, era normal atacar a sectores de la ideología capitalista, particularmente la que influye a los niños. Actualmente, pasados los sistemas represores y dictatoriales en toda la región, se ha tenido una gran apertura a la democracia, a mayor participación de la gente. En esos procesos, muchos países han tenido un retorno al sistema social-demócrata (Chile es de estos países), pero en aras de un crecimiento asociado a la globalización. Se ha de afirmar, así, que los medios han pasado de ser máquinas de los Estados a pertenecer muchas veces a particulares. La influencia norteamericana sigue siendo latente, sobre todo en nuestro país. Debe decirse que el imperialismo cultural aún tiene un puño de hierro sobre el resto del mundo. Pero el caso de Disney no es el mismo.

Si un defecto tienen las producciones Disney es que no han sabido adaptarse al paso del tiempo. Su «defensa de los valores y las buenas costumbres» viene rayando en lo anacrónico. Mientras llegaron los 70, 80, 90, Disney se quedó estancado en los 60. Es esta barrera de tiempo contra la que más se ha batallado. Signos como la baja de sus ventas, la descendiente calidad de sus propuestas animadas (y más aún con el cierre de producción de dibujo tradicional) ponen en jaque a Disney, que ahora pretende «modernizarse» sin buenos resultados, lo que lo convierte en una mala imitación de dibujos animados actuales y de mejor calidad (si es masoquista y quiere comprobarlo vea la programación de Disney Channel y dígame cuántas neuronas le quedan después de eso). Porque quizá una característica que no mencionaron los autores es que,

independientemente de los secretos que embarañen sus personajes, tienen otros defectos: son inmensamente «ñoños» (no hay otra palabra).

Pero la vigencia de este libro radica en ser un estudio que no sólo pone en tela de juicio a estos personajes, que queramos o no son parte de nuestras vidas, sino a la colonización ideológica misma, como parte de los medios masivos que se dan hoy en día. El latinoamericano ha tomado otro rostro dentro de esta gala de estereotipos: el migrante. El que va a adueñarse de las riquezas que por un supuesto derecho pertenecen a los nativos(?) de esos países, y que por ello pasan a ser los *ladrones*, que es otra forma en que Disney dibuja al proletariado, según los autores. Y aunque la presencia del latino se vuelve más participativa y menos estandarizada cada vez, los prejuicios siguen latentes, palpables, y entrando a nuestros hogares.

Por ello es importante seguir analizando ese tipo de obras en nuestros estudios acerca de la comunicación y las identidades regionales. El lector elige si creer o no estas ideas y corrientes, pero no por ello dejan de ser un verdadero espejo de nuestra cultura y cómo la gente pensante reacciona a las amenazas e influencias imperialistas. Pero sobre todo, desde un punto de vista enteramente nuestro. Esas son las bases para seguir fomentando el estudio de la comunicación en nuestra realidad.

¿O queremos esperar a tener un (bueno, por ejemplo) Pato Pascual como reflejo de nuestra identidad? 